

EL MILAGRO VERDADERO DE LA PACIENCIA



1. Aprendiendo de los tiempos de Dios

En nuestra cotidianidad prestamos escasa atención a la paciencia; nos cuesta vivirla. Aceptar que la necesitamos sería admitir nuestra fragilidad. Más bien nos ufanamos de alcanzar resultados inmediatos y tangibles.

Un signo de los tiempos es la necesidad de la conquista instantánea de la meta anhelada. Sin embargo, si algún obstáculo se interpone en nuestro camino, es frecuente que nos precipitemos en la frustración y en el abatimiento.

La impaciencia se relaciona con la inmadurez, que se suscita en una cultura que desea frutos raudos y veloces. Una "civilización del éxito".

Esta visión contrasta con los ritmos de Dios que difieren, la más de las veces, con los deseos consentidos de las personas. Los tiempos de Dios pueden ser distintos a los nuestros, pues Él desea educarnos en realidades que nos son laboriosas, pero necesarias de aceptar.

Hallamos un modelo paradigmático en la pedagogía divina empleada con el Pueblo de Israel, a quien Dios prepara a través de los tiempos para acoger al Mesías y Salvador. Uno de los ámbitos fundamentales fue precisamente la formación en la paciencia.

Llama la atención que los israelitas, recién liberados de la dura esclavitud en Egipto, estuvieran dispuestos a retornar a aquellos sufrimientos con el fin de mitigar el hambre y la sed que veían delante de sí, al seguir el llamado de Dios de adentrarse en el desierto del Sinaí. Algunos preferían un exiguo pero seguro plato de comida en la mesa y los azotes de sus amos egipcios a la libertad ofrecida por Yahvé, Dios.

En una homilía durante la celebración de la Eucaristía en Santa Marta, el Papa Francisco describía la paciencia como la capacidad de soportar las pruebas, las cosas que no deseamos, las que se nos hacen incómodas¹.

La paciencia constituye una pedagogía invaluable para madurar en la vida, confrontando, entre otras realidades, la propensión al capricho, al deseo desordenado de que las cosas resulten como uno desea y en el momento que uno quisiera².

Con la llaneza y la libertad que lo caracteriza en estos momentos de reflexión, el Santo Padre manifestaba que "quien no tiene paciencia quiere todo en seguida, todo de prisa. Quien no conoce esta sabiduría de la paciencia es una persona caprichosa, como los niños que son caprichosos, que nada les parece bien. La persona que no tiene paciencia es una persona que no crece, que se queda en los caprichos del niño, que no sabe tomarse la vida como viene: o esto o nada. Ésta es una de las tentaciones: convertirse en caprichosos. Otra tentación para aquellos que no tienen paciencia es la omnipotencia de querer en seguida una cosa, como ocurre con los fariseos que piden a Jesús una señal del cielo: 'querían un espectáculo, un milagro'. Confunden el modo de actuar de Dios con el modo de actuar de un hechicero. Y Dios no actúa como un hechicero, Dios tiene su propia manera de avanzar. Se trata de la paciencia de Dios"³.

¹ Ver S.S. Francisco, *Homilía, Santa Marta, 17/2/2014*.

² Allí mismo

³ S.S. Francisco, *Homilía, Santa Marta, 17/2/2014*.

En nuestra existencia confrontamos diversas situaciones ingratas y al parecer insalvables. Aplicamos ciertas estrategias evasivas que hacen que crezca en nosotros la ansiedad, porque no hemos solucionado los conflictos de fondo. La evasión momentánea del dolor y de la angustia no hace que desaparezcan los problemas.

2. La aceptación de lo que es

El gran místico y teólogo Romano Guardini escribió en una oportunidad: “Si alguien preguntase: ¿querría adelantar en la vida moral; ¿por dónde habría de empezar?”. Guardini respondió: ¡Aceptando la realidad! “Es la aceptación de lo que es, la aceptación de la realidad, de ti mismo, de las personas que te rodean, del tiempo en que vives”⁴.

Guardini solía repetir que la aceptación de uno mismo significaba estar de acuerdo con quien uno es. Claro está, resulta fácil asumir aquella afirmación cuando a uno le va bien. Pero ¿cuándo llegan las horas de desdicha, de fracaso, de hastío y hoy día de enfermedad? “Entonces -explicaba Guardini- se abre una grieta entre mí y yo mismo”⁵.

La paciencia es precisamente la virtud del realismo. Se trata de una materia sumamente valiosa para la pedagogía espiritual.

Desde la antigüedad pretérita se ha valorado la paciencia. El sabio Cicerón la definió como “voluntaria e ininterrumpida firmeza de la honestidad en cuanto a las cosas arduas y difíciles”⁶.

San Agustín de Hipona decía que “la paciencia consiste en sobrellevar e incluso soportar los males con el corazón tranquilo, para no tener que perder nada por falta de serenidad, de aquellos bienes que nos conducen a otros más grandes”⁷.

Santo Tomás de Aquino describía la paciencia como “la cualidad por la que los males presentes (principalmente los infligidos por otros) se soportan de modo tal que de ellos no se deriva una tristeza desesperanzada”⁸.

Las personas siempre hemos tenido la tentación de frustrarnos con aquello que no resulta tal como quisiéramos, y de forma inmediata. Volvernos “reclamones” ante Dios constituye una inclinación muy real.

Una de las grandes tentaciones es la pretensión de controlarlo todo, particularmente aquello que puede satisfacer nuestros deseos, o aquello que consideramos como incomodidades, cuestionamientos, sufrimientos y peligros.

¿Cuánto nos cuesta aceptar la precariedad de la existencia o nuestra propia fragilidad?

En el siglo XVI un gran maestro espiritual, el español fray Luis de Granada, equiparaba la existencia humana con un mar tempestuoso e inestable. En esta vida, afirmaba, “no hay felicidad tan segura que no esté sujeta a infinitas maneras de accidentes y tragedias nunca pensadas que a cada hora nos asaltan”⁹.

⁴ Romano Guardini, *Una ética para nuestro tiempo. Reflexiones sobre formas de vida cristiana*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1974, p. 33.

⁵ Ver Romano Guardini, Ob. cit., p. 41.

⁶ Cicerón, *De inventiones rethoricae*, 1. 2, cap. 54.

⁷ San Agustín, *De la paciencia*, II, 2.

⁸ S.T., II-II, gl. 36, a. 4, ad 2.

⁹ Fray Luis de Granada, *Guía de pecadores*, Libro 1, 2, XXI.

A pesar de los siglos transcurridos, fray Luis podría estar describiendo nuestra época, caracterizada por la admiración de la eficacia. Nuestra autosuficiencia se ha resquebrajado con la crisis de la pandemia, que nos ha obligado a replantear muchas cosas que dábamos por seguras.

Estamos acostumbrados a valorar desmedidamente los resultados expeditivos y resonantes. Pero, cuando nos evaden, podemos estallar en disgustos, quizá abandonando frustradamente aquello emprendido.

Intentamos frecuentemente marginarnos de las pruebas. Nos asustan las incomprendiones. Cuando las cosas escapan a nuestros cuidadosos cálculos, y los padecimientos se hacen inevitables, podemos deslizarnos fácilmente en la tristeza y en el desánimo.

Permitimos que nos invadan pensamientos grises y desesperanzados, olvidando que estamos invitados a enfrentar los retos e infortunios con entereza y paciencia. Nos incomoda, muy humanamente, el prospecto de convivir con la congoja, la incompreensión y los quebrantos.

Posiblemente nos hace falta la paciencia. ¿Será porque relacionamos equívocamente la paciencia con la inactividad y la resignación? Pues cometemos un serio error, ya destacado por Santo Tomás de Aquino cuando adecuaba la paciencia con la acción de oponerse al conformismo. Padecer no es simplemente permanecer estático¹⁰.

3. Descorazonados por la impaciencia

La carencia de paciencia nos deja expuestos a las asechanzas del sufrimiento y la frustración. La impaciencia aparece sin anunciarse, ocupando sigilosamente todos los resquicios de nuestra vida, reduciéndonos a la indiferencia descuidada y descorazonada.

Ciertamente en el mundo abundan diversos males. Están las injusticias, las enfermedades, las desgracias propias y ajenas y las situaciones trágicas. De ninguno de estos quebrantos podemos marginarnos. Tarde o temprano nos alcanzan.

Las limitaciones inherentes a nuestra humanidad nos generan impaciencias y agonías. ¿Cuántas veces hemos asumido resoluciones para combatir algún defecto particular, abandonando precipitadamente el esfuerzo, para desandar los pasos avanzados?

El sabio Cardenal Jean Daniélou destacaba una conducta muy común, de la que muy pocos escapamos:

“Se nos hace duro continuar esperando cuando, tras haber asumido mil determinaciones, somos siempre igualmente incapaces de cumplirlas. Cuando, tras haber tocado en un cierto momento una cima volvemos a estar en el mismo punto que antes, teniendo la impresión de no haber avanzado, o cuando experimentamos la cantidad de mal que arrastramos y que nos dificulta para realizarnos en el plano espiritual”¹¹.

Estas experiencias tan comunes en nuestras vidas nos generan ciertamente frustración y desaliento.

La tentación inmediata suele dar rienda suelta al abatimiento, despeñándonos fácilmente por precipicios de tristeza y desánimo. Nos sentimos como abandonados por Dios; alejados de su gracia amorosa. Como que no la merecemos.

¹⁰ S.T., II-II, gl. 36, a. 4, ad 2.

¹¹ Cardenal Jean Daniélou, *Contemplación. Crecimiento de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1982, p. 64.

Nuestra impaciencia hace que nos volvamos incapaces de soportarnos.

“La pasaríamos muy mal si Dios se portase con nosotros como lo hacemos nosotros con nosotros mismos”, reflexionaba Romano Guardini. “Si Dios no pensase sobre mí algo mejor de lo que pienso yo mismo; si Dios no tuviera conmigo, con mis confusiones, fracasos y falsedades una continua paciencia infinitamente más grande de la que tengo yo para conmigo mismo tendría para desesperarme”¹².

Debemos preguntarnos: ¿Por qué no nos miramos con los ojos de Dios?

San Pablo, profundo conocedor de nuestras fragilidades, nos alienta a “correr con fortaleza la prueba que se nos propone”; pero nos recomienda, primero, “sacudir el lastre del pecado que nos asedia”, y mantener los ojos en la meta, que es Jesús, nuestro paradigma, “el que inicia y consuma la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia y está sentado a la diestra del trono de Dios”¹³.

Se trata del camino y las opciones que Pablo ha debido asumir, a pesar de las pruebas e infortunios. Por ello nos anima a tener la mirada fija en Jesucristo, “con mucha constancia en tribulaciones, necesidades, angustias; en azotes, cárceles, sediciones, en fatigas, desvelos, ayunos”¹⁴.

Como a San Pablo, a nadie que esté en sus cabales le agrada sufrir, pero subsisten dos realidades ineludibles para nuestra fe cristiana.

En primer lugar, el hecho de la existencia del mal, capaz de lesionarnos fuertemente, que se introdujo en el mundo por la primera caída, el pecado original.

Y, por otro lado, la necesidad de la Redención obrada por el Señor Jesús para regenerar la naturaleza humana, reconciliándola de las rupturas y de su consiguiente desorden.

4. “Jupomone” y el señorío de sí mismo

San Pedro, en su Segunda Epístola, -aquellos pasajes que conocemos como “Dirección de San Pedro”- nos aconseja añadir a la abstinencia -el “dominio de sí mismo”-, la paciencia, *jupomone*.

La palabra griega “*jupomone*” significa constancia, resistencia de forma decidida, perseverante, firme, valiente o sacrificada “hasta el final” (2 Pe 1, 5-7).

Corresponde a la paciencia sostener el ánimo sereno y confiado por encima de las pruebas y los sentimientos, quizá confundidos por la tristeza, la apatía y la asedia. “Si perseveran se salvarán”, enseña el Señor Jesús a los atribulados¹⁵.

La *jupomone* nos obsequia con frutos palpables que nutrirán nuestra vida espiritual y nos educarán en las virtudes. A través de la paciencia vamos aprendiendo a crecer en el señorío personal.

Es aleccionador aquel relato del Abba San Macario el Grande, considerado con San Pacomio fundador de las comunidades monásticas.

¹² Romano Guardini, *El Espíritu del Dios Viviente*, San Pablo, Bogotá 1990, p. 72.

¹³ Heb 12, 1-2.

¹⁴ 2 Cor 6, 4-5.

¹⁵ Lc 21, 19.

Cuentan que un día Macario quiso conocer a San Antonio, venerado como el primero de los monjes eremitas de Egipto, así que acudió a buscarlo a su lejano encierro en unos montes desolados.

Cuando Macario tocó la puerta del refugio donde moraba Antonio, el asceta le abrió, contestándole: “¿Quién eres tú?” “Soy Macario”, respondió el visitante. Sin pronunciar palabra, Antonio cerró la puerta, dejando fuera al visitante.

En nuestras categorías la actitud de Antonio podría parecer una mayúscula descortesía con el peregrino. Pero la sabiduría espiritual aprendida de los “Padres” en el desierto contiene otra dinámica, distinta a los convencionalismos del mundo. El encuentro entre los dos ascetas contenía, ante todo, una finalidad pedagógica.

Macario, el guía de innumerables monjes, permaneció de pie bajo el sol calcinante, en paciente espera.

Más tarde, admirando la humildad de Macario, Antonio abrió su puerta y le recibió con alborozo y alegría. “He querido verte desde hace mucho tiempo porque he escuchado cosas muy buenas de ti”, le dijo a Macario¹⁶.

Antonio le ofreció a su huésped todos los deberes de la hospitalidad. Le preparó un lecho para que repose porque la caminata y la espera lo habían agotado. Cuando hubo descansado, pasaron la tarde charlando sobre la vida espiritual¹⁷.

La persona paciente no se limita a soportar pasivamente las pruebas. Macario optó por aguardar, al pie de la puerta, sin alejarse para buscar un lugar cómodo y sombreado. Perseveró en su deseo de compartir la jornada con San Antonio.

El sentido que San Pedro otorga a la *jupomone*, a la tenaz perseverancia, sugiere resistencia activa y enérgica en las pruebas¹⁸.

San Pablo camina en la misma dirección, pero añade otro elemento fundamental: la esperanza. Pues la *jupomone*, la perseverancia, está unida íntimamente con la *hypomoné*, la esperanza, particularmente en las tribulaciones¹⁹.

Jupomone constituye una actitud cristiana que no se deriva de una bravura insensible, sino de la fe y de la esperanza. No se trata de imitar a los estoicos, que mostraban indiferencia ante las situaciones dolorosas y contradictorias. El cristiano responde a las incertidumbres con la paciencia.

La esperanza “es todo lo opuesto a la cobardía o al desmayo, a la depresión o refugio intimista, al desaliento o pusilanimidad, actitudes íntimamente vinculadas a la falta de esperanza, a la pérdida de horizonte²⁰”

La fragilidad humana se entrelaza con el impulso que conduce a la persona hacia la búsqueda de Dios, a la comunión con el Padre Celestial, el ancla de nuestra esperanza y paciencia.

Se trata de la nostalgia de infinito, aquella permanente aspiración a la paz, a la felicidad y a la realización, ligada a la existencia misma de la persona, que le ofrece la esperanza paciente, sustentada en el amor de Dios.

¹⁶ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

¹⁷ Ver *Apotegmas del Abba Macario el Grande*, 4.

¹⁸ Ver 2 Pe 1, 6.

¹⁹ Ver Rom 8, 25.

²⁰ Kenneth Pierce B., *La Escalera Espiritual de San Pedro*, Fondo Editorial, Lima 2010, p. 148

Pero, en oportunidades, este diálogo con Dios, este encuentro, se frustra por la vergüenza, la auto censura ante las propias faltas, que, en el fondo, constituye una actitud orgullosa. Solemos desear una perfección irreal, pero nos equivocamos.

Dios quiere encontrarse con nosotros, ¡tal como estamos y como somos! Nos propone un camino de acercamiento, la reconciliación.

La paciencia, ¡pómone, es escuela de reconciliación para nuestras faltas y pecados. La paciencia nos conduce a la paz cuando azotan las tempestades de las pruebas.

Juan Bautista Scaramelli, un notable maestro espiritual del siglo XVII recomendaba en este sentido, en su "Directorio Ascético", acudir al "examen ponderado", sin recriminaciones inmoderadas y poco caritativas, a la hora de mirar las imperfecciones:

"Rumiar los males cuando ya experimentamos su peso significa hacerlos más graves, volverlos casi intolerables, poner a prueba nuestra paciencia: porque en realidad el mayor mal de nuestros males es la idea que nos hacemos de los mismos con nuestras aprensiones"²¹.

5. La impaciencia ante el sufrimiento

Meditando sobre la experiencia del dolor el padre Phillipe Lafrance afirmaba que "el sufrimiento que más daño hace es aquel que no se acepta". Nos hacemos mucho daño al sobrellevar una experiencia de dolor y tratar de evadirla, de negarla, porque al propio sufrimiento le añadimos otro tormento: "El de nuestra oposición, nuestra rebelión, nuestro resentimiento y la inquietud que provoca en nosotros"²².

"La tensa resistencia que genera en nuestro interior la no aceptación del sufrimiento hace que éste aumente", explica Lafrance, quien contrastaba esta negación, esta rebeldía, con su aceptación²³. Cuando asumimos el dolor el golpe se vuelve menos doloroso. "Un sufrimiento sereno deja de ser un sufrimiento", decía el cura de Ars.

Cuando sobreviene el dolor, es perfectamente normal intentar remediarlo en la medida de lo posible. Si me duele la cabeza, tendré que tomarme una aspirina para aliviarme. Pero siempre habrá sufrimientos irremediables que conviene esforzarse en aceptar con tranquilidad. Esto no es masoquismo, ni gusto por el dolor, sino todo lo contrario, porque la aceptación de un sufrimiento hace a éste mucho más soportable que la crispación del rechazo.

"A veces querer eliminar un sufrimiento a cualquier precio provoca después sufrimientos mucho más difíciles de sobrellevar", añade Lafrance. "Es sorprendente ver lo desgraciados que somos en nuestra vida diaria a causa de la mentalidad hedonista de nuestra sociedad, para la cual cualquier dolor es un mal y hay que evitarlo a toda costa"²⁴.

Quien adopta como línea de conducta habitual la huida del dolor, el no aceptar más que lo grato y cómodo rechazando lo demás, antes o después acabará cargando con cruces más pesadas que quien se esfuerza por aceptar de buen grado algún sufrimiento que, considerado con realismo, es imposible eliminar. Por ejemplo, una enfermedad o la triste experiencia del fallecimiento de alguien

²¹ Bautista Scaramelli, Directorio Ascético, 3, 8, 7.

²² Jacques Philippe, La Libertad Interior: La Fuerza de la Fe, de la Esperanza y del Amor, Rialp, Madrid 2003, p. 21.

²³ Allí mismo.

²⁴ Allí mismo.

querido retan nuestra paciencia, como también nos muestran que hay situaciones que están fuera de nuestro control. Y que asumirlas con esperanza contribuyen a obtener la paz interior.

Dios es fiel y siempre da la fuerza necesaria para asumir, un día tras otro, lo más duro y difícil de nuestra vida. Sin embargo, no disponemos de la misma gracia para soportar el dolor suplementario que nos causamos a nosotros mismos con nuestro rechazo de las contrariedades normales de la vida.

El padre Lafrance señala que “el auténtico mal no es tanto el dolor como el miedo al dolor. Si lo acogemos con confianza y con paz, el dolor nos hace crecer, nos educa, nos purifica, nos enseña a amar de modo desinteresado, nos hace humildes, mansos y comprensivos con el prójimo. El miedo al dolor, por el contrario, nos endurece, nos encorseta en actitudes protectoras y defensivas, y a menudo nos conduce a decisiones irracionales de nefastas consecuencias”²⁵.

6. Desde la Cruz Jesús nos dice: ¡Sean pacientes!

Desde la experiencia de la Pasión y de la Cruz, el Señor Jesús nos muestra la paciencia como una virtud a cultivar en nuestro sendero de santificación.

Profetizando el arduo camino de incompreensión que aguardaba a los Apóstoles, Jesús les repite: “Con vuestra paciencia (nutrida de esperanza) salvaréis vuestras almas” .

La paciencia está estrechamente unida a la esperanza, y el primer sustento de la esperanza paciente es la fe.

En su encíclica *Spe salvi*, el Papa Emérito Benedicto XVI acentuaba la relación entre fe y esperanza. La salvación practicada por el Señor Jesús constituye la base de la fe, que abre nuestra vida a un espacio de “esperanza fiable gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, puede vivirse y aceptarse si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino” .

La “esperanza fiable” nos hace comprender mejor nuestras dificultades, particularmente cuando la existencia nos confronta con diversas tensiones, por ejemplo, entre lo que uno desearía ser y lo que uno realmente es; entre lo que uno quisiera realizar y lo que uno es capaz de hacer; y entre lo que uno posee y lo que se aspira a tener. Situaciones que pueden conducirnos a auténticas “noches oscuras” que podrían sumirnos en el desgarramiento del desánimo.

La esperanza paciente nos aporta una dimensión distinta al desaliento. Nos propone una senda sustentada en el realismo de los acontecimientos y de nuestras posibilidades ciertas para actuar sobre ellos, aunque confiando en la ayuda generosa de la gracia de Dios, en sus propios designios salvíficos y reconciliadores.

Animándonos a vivir la paciencia, el Papa Francisco explicaba que además de la cualidad de hacernos cargo de los sucesos y situaciones de la vida, ella nos anima a seguir adelante con constancia, día a día, a pesar de las contrariedades de la existencia²⁸.

A cada uno le corresponde concretar un proyecto para su vida, mediante la respuesta a una vocación particular, que Dios desea para nuestro bien y felicidad.

²⁵ Allí mismo.

²⁶ Lc 21,19.

²⁷ S.S. Benedicto XVI, *Spe salvi*, 1.

²⁸ S.S. Francisco, Entrevista con el P. Antonio Spadaro, S.J., 19/9/2013.

El teólogo Adrian van Kaam expuso nítidamente la aspiración humana a la realización: “Tengo que ser la persona única que Dios quiere que sea. Cuanto mejor llegue a ser aquello para lo que mi Creador me llamó a ser originalmente, tanto más unido estaré con mi origen divino”²⁹.

7. Enseñanzas sobre la paciencia

7.1. El Apóstol Santiago y sus “lecciones” sobre la paciencia

Las pruebas acompañaron a los primeros cristianos, como subsisten hoy día en nuestras vidas. Por esta razón el Apóstol Santiago desarrolla en su epístola una serie de consejos para soportar los sufrimientos. Estas enseñanzas constituyen una “espiritualidad y una teología de la paciencia cristiana”.

Santiago le recomienda a la Iglesia naciente: “Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, para que seáis perfectos y cumplidos, sin faltar en cosa alguna”³⁰.

Santiago dirige a los cristianos afligidos un mensaje de alegría. El Apóstol mostraba especial comprensión frente a una interrogante presente entre aquellos cristianos, como la es para nosotros.

Muchos se preguntaban por qué Dios permitía el sufrimiento, la enfermedad, la miseria y la persecución. Por lo que Santiago responde: no se trata de buscar una explicación teórica. La respuesta es Cristo mismo, quien ha contestado al grave problema del dolor con su propia vida. Santiago recuerda a los cristianos que Jesús declaró bienaventurados a los que sufren y son perseguidos, diciéndoles: “Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa”³¹.

La esperanza del premio eterno es la que transforma el dolor del justo en alegría. Su ejemplo es el amor de Cristo perseguido, azotado y muerto por nuestros pecados, que daba fuerza a los Apóstoles para cumplir su misión dando a conocer la Buena Nueva.

Aquí está presente la solución que da el cristianismo al terrible problema del dolor. En adelante el dolor no será un motivo que haga zozobrar los espíritus, sino un medio que suscita confianza en el amor infinito de Jesucristo en medio de las tribulaciones cotidianas. Las pruebas soportadas con paciencia sirven para evitar el pecado y la concupiscencia. Acrecientan los méritos, se ejercitan las virtudes y nos obtienen el auxilio divino.

El Apóstol Santiago enseña que las pruebas engendran paciencia = υπομονή (hypomoné). En el Nuevo Testamento, la υπομονή designa la virtud de la paciencia que posee la persona en medio de las pruebas y aflicciones, con la cual puede perseverar durante largo tiempo en la fe y en el amor de Dios³².

San Pablo por su lado recomienda la paciencia como una de las virtudes más necesarias para el cristiano³³. En la epístola a los Romanos (3 y ss) se expresa un pensamiento semejante al de

²⁹ Adrian van Kaam, *Ser yo mismo*, Narcea, Madrid 1978, pp. 5-6.

³⁰ St 1, 2-4.

³¹ Mt 5, 11-12.

³² Mt 24, 13.

³³ 2 Cor 6, 4; 1 Tim 6, 11; 2 Tim 3, 10; Tit 2, 2.

Santiago. El Apóstol de los Gentiles considera nuestra paciencia como la del Salvador, continuada por sus discípulos³⁴.

Por consiguiente, la paciencia en sentido bíblico no es solamente la virtud que reprime los movimientos desordenados de la ira, sino que anima a la espera paciente del auxilio y del premio divinos prometidos a los atribulados.

El sufrimiento, asumido pacientemente por el cristiano, lo hace avanzar hacia la perfección. Es doctrina enseñada por el Antiguo Testamento que sirve para curar y educar a la persona. Santiago va todavía más lejos, pues orienta el alma hacia el premio del cielo y la exhorta a la alegría en medio de las tribulaciones, imitando en esto a Jesús, que ya lo había enseñado en el sermón de la Montaña³⁵.

Para Santiago Apóstol la fe es esencialmente confianza en Dios y perseverancia en la acción. Por eso, la paciencia, como fruto de la fe, ha de ir acompañada de buenas obras. Si queremos ser plenamente cristianos, es decir, irreprochables, nuestra fe ha de ser perseverante y no detenerse a medio camino. Ha de ir acompañada de una obra perfecta, o sea, de la práctica de todas las virtudes cristianas. Jesucristo quiere que sus discípulos sean “perfectos como el Padre celestial”³⁶.

La perfección moral, la santidad cristiana, que ha de ser el fin y el fruto de la tribulación y de la paciencia, es inculcada por medio de tres expresiones muy significativas: han de ser perfectos, alcanzando la meta fijada por Dios; íntegros, completos, en todas aquellas partes de que consta la perfección; y sin faltar en cosa alguna, o sea, sin carecer de ninguna cosa que se ordene a la perfección.

Aunque en nuestra vida moral muchas veces tropezamos y caemos, sin embargo, tanto Jesucristo como el Apóstol Santiago quieren que el alma viva en un esfuerzo constante hacia el bien, asegurándose de este modo la perseverancia final.

7.2. La paciencia y la Iglesia primitiva

Los Padres del Desierto, los monjes y maestros de la espiritualidad cristiana de los primeros siglos de la Iglesia consideraron que era fundamental confrontar la impaciencia.

De las lecciones aprendidas de otros “abbas” o “maestros espirituales”, y de sus propios combates, nunca cejaron en recomendar el enfrentamiento radical contra el abatimiento impaciente.

Para el “Abba” Juan Casiano, por ejemplo, la impaciencia es un “aguijón opresor”³⁷. Si la alojamos en nuestro espíritu, nos aparta en seguida de la contemplación divina; nos despoja de toda pureza; nos derriba y anonada, dejándonos al ras de la tierra. Si permitimos que se enseñoree, nos roba la alegría, alentando la invasión de la acedia y de la inapetencia espiritual.

8. Vigilantes ante la tristeza desesperanzada

Una de las manifestaciones de la impaciencia es la tristeza. Cuando domina sin oposición, debilita nuestra comprensión de la realidad. Algunas veces aparece cuando se frustran las aspiraciones.

³⁴ 2 Tes 3, 5.

³⁵ Sant 1, 12 y Mt 5, 4.

³⁶ Mt 5, 48.

³⁷ Ver Juan Casiano, *Instituciones*, L. IX, I.

Cuanto más se permiten las añoranzas de deseos irreales y vanos, aun mayor será el desaliento. Una de las causas de la tristeza es justamente la dependencia exagerada del mundo, de su aprobación, de sus tensiones y veleidades. Quien ama desordenadamente los éxitos mundanos y banales, sufrirá sus congojas y desencantos.

Cuando estamos apresados por la tristeza y la desesperanza, podemos incapacitarnos para desplegar generosamente nuestros dones. El dolor anímico invita a la duda, confundiéndonos.

La visión pesimista y derrotada opaca nuestra prudencia para el juicio y el discernimiento correctos. Cuando estamos absortos en preocupaciones dolorosas y desesperanzadas, eludimos la búsqueda de soluciones a nuestros problemas. Nuestra mente y corazón se concentran en la tristeza, abandonando la esperanza y las posibles respuestas a nuestras dificultades.

¿Qué hacer? Uno de los libros más antiguos y venerados de la cristiandad, el “Pastor de Hermas”, escrito a mediados del siglo II, mandaba, como primer paso, “arrancar” de raíz la tristeza desesperanzada.

La aproximación del “Pastor” es conclusiva, aunque advierte que en ciertas circunstancias el dolor sirve para exigir una reacción contraria a las conductas incorrectas: “Arranca de ti la tristeza, porque ésta es la hermana de la duda y de la impaciencia”, insiste³⁸.

El psiquiatra vienes Víctor Frankl aporta otro cuestionante testimonio de la permanencia en los valores, incluso en circunstancias desesperadas.

Recluido en los campos de exterminio del Nazismo por ser judío, pasó por una experiencia límite. Las personas más vulnerables al dolor eran las que se abandonaban a la tristeza. Las más resilientes a las desventuras eran aquellos que tenían ideales bien fundados, los más realistas y los que salían al encuentro de los demás.

En sus memorias, llamadas “Del Campo de la Muerte al Existencialismo”, Frankl escribió:

“Cuando un hombre descubre que está destinado al sufrimiento, tendrá que aceptar el sufrimiento como ‘Su Tarea’, su única y singular tarea. Tendrá que aceptar que, incluso en el sufrimiento es una persona única en el universo. Nadie podrá abolir el sufrimiento; y si ese alguien eligiese compartir el sufrimiento, este no dejará de estar allí, presente. Su única y especial oportunidad reposa en la forma en que sobrelleva su dolor”³⁹.

9. Cuidándonos de la ira

Otro aguijón de la tristeza y la impaciencia es la ira. La ira es considerada como un vicio capital. Dejada sin control, desbastará nuestro corazón, desencadenando lo más negativo de nosotros, lo peor de nuestras amarguras. Se transformará en un desordenado movimiento del espíritu, buscando represalias.

La ira contrasta con dos virtudes cristianas fundamentales: la mansedumbre y la paciencia.

El monje Evagrio Póntico describía la ira como “una pasión furiosa que con frecuencia hace perder el juicio, embrutece el alma y degrada todo el conjunto humano”⁴⁰. También “como una ebullición y excitación de rabia contra alguno que nos haya dañado, o creemos que nos ha dañado”⁴¹.

³⁸ *Pastor de Hermas* 2, 10.

³⁹ Victor Frankl, *From Deathcamp to Existentialism*, Beacon Press, Boston 1959. p 78.

⁴⁰ Evagrio Póntico, *Prakticos*, 10.

⁴¹ Allí mismo.

La ira aflige el corazón, atestándolo de rencor, limitando nuestra libertad, cegándola del buen juicio y del amor de Dios. El iracundo va almacenando heridas y resentimientos.

10. María, testimonio configurante de la paciencia

María, nuestra Madre, es el testimonio configurante de la paciencia. Ella nos toma de la mano y nos guía hacia la gracia de Dios. Nos educa a ser dóciles en la esperanza.

La Virgen ora y medita incesantemente en las Escrituras. Conoce de corazón las promesas mesiánicas. Su espera paciente está nutrida del espíritu escatológico del "resto fiel" de Israel.

Nuestra oración debe elevarse junto a la de la Madre para que Dios nos otorgue la mirada de María; para acercarnos a la Palabra con la misma esperanza con que ella se aproximó. Para que nuestros criterios vayan conformándose con la visión de Dios en su Divino Plan.

Cuando contemplamos los misterios de la Madre, todo nos habla de la paciente espera, de la esperanza vivida como un gesto constante. María es segura intercesora para quienes carecen de esperanza, para aquellos que han conocido la tristeza y las pruebas difíciles.

Aquel espíritu inconforme, pero ávido del amor de Dios, el poeta Charles Péguy, reflexionaba durante una difícil prueba:

"Nuestra Señora me ha salvado de la desesperación (...) Este era el mayor peligro. La gente como nosotros tiene siempre bastante fe y bastante caridad. Es la esperanza la que puede faltarnos. No pude rezar el Padrenuestro (...) Yo no podía decir 'Hágase tu voluntad'. No podía decirlo. ¿Comprendes lo que es esto? No podía rezar a Dios, porque no podía aceptar su voluntad. Es horrible. No se trata de recitar oraciones de boquilla. Se trata de decir verdaderamente lo que se dice. Y yo no podía decir verdaderamente: 'Hágase tu voluntad.' Entonces recé a María. Las oraciones dirigidas a María son las oraciones de reserva (...) No hay ni una en toda la liturgia, ni una, ¿entiendes?, ni una que el más miserable pecador no pueda decir verdaderamente. En el mecanismo de la salvación, el Ave María es el último socorro. Con Ella no se puede estar perdido"⁴².

María nos enseña a obrar con paciencia. A tratarnos con caridad.

Escucha al ángel cuando se le aparece. Su actitud es de completa atención y recogimiento. ¡Se trata de la Anunciación-Encarnación!

Es el milagro escatológico por el que Israel habíaorado por un milenio, cuando sus antepasados escaparon del yugo de Egipto y se encaminaron al inhóspito Sinaí, guiados por la esperanza en las promesas hechas por Yahvé a Moisés.

Espera unos instantes y contesta con prudencia el anuncio del Ángel: "He aquí la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra"⁴³.

María aguarda y pondera, recogándose para responder. No es una contestación apresurada. La Madre vive en todo momento la virtud de la paciente espera. Sabe cuál es el instante preciso para hablar, para intervenir cerca a su Hijo.

⁴² Ver Charles Péguy y la esperanza de la resurrección, en Charles Moeller, *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, Editorial Gredos, Madrid 1955, t. IV, p. 575.

⁴³ Lc 1, 38.

Estas experiencias de paciente espera la preparan para los momentos finales cuando debe acompañar al Señor Jesús por las estaciones de su “vía dolorosa”.

La docilidad de María no es ciertamente una paciencia pasiva, sino dinámica. Estos momentos están vivificados por la fe y la gracia.

Con la misma paciencia aguarda al Espíritu Santo en el Cenáculo, junto a los Apóstoles, como había prometido el Señor. Todos estos gestos constituyen momentos cruciales en la vida de la Madre.

11. La necesidad de la paciencia con Dios

Las personas vivimos la nostalgia de infinito, alternándola con la precariedad de la existencia. Pero nuestras limitaciones nunca acallan el hambre de Dios.

El alejamiento de Dios impuesto por las rupturas del pecado jamás plantea una distancia insalvable.

Un sacerdote, teólogo y psicoterapeuta llamado Tomás Halík recomendaba tenerle paciencia a Dios. Particularmente cuando lo percibimos muy lejano, lo que nos suscita particular nostalgia, incluso angustia.

Halík, autor de un comentado libro, llamado precisamente “Paciencia con Dios: La experiencia de Zaqueo”, halló que la vivencia del “silencio de Dios y su lejanía”, de un “Dios que parece escondido del mundo”, constituye uno de los factores fundamentales de la pérdida de fe.

Nada tan urgente apunta a Dios como su falta. En algunos casos esta presunta “ausencia” suscita un enjuiciamiento a Dios, que conduce a rechazar la fe.

Quizá una de las interrogantes que con mayor intensidad surgen en medio de la pandemia y sus tragedias es: ¿Dónde está Dios? ¿Por qué ha permitido estas desgracias?

A partir de las preguntas sobre Dios fue que Halík descubrió que su búsqueda implicaba un continuo acto de confianza y de paciencia, modelada, por ejemplo, en la serenidad con que el publicano Zaqueo aguardó a Jesús encaramado en un árbol.

El camino hacia Dios conduce también a momentos de oscuridad; a períodos de desierto. Toda exploración espiritual contiene tres aspectos fundamentales: de fe, de esperanza y de amor. La paciencia y la fe “permiten, precisamente, que el mismo Dios penetre con sus rayos luminosos en los espacios de la vida humana”⁴⁴.

Se trata de la acción amorosa de Dios a través de su gracia que nos ayuda a hallarlo, a amarlo como Él nos ama.

“Necesitamos de la fe, precisamente en esos momentos crepusculares cuando nuestras vidas y el mundo están llenas de incertidumbres, durante las frías noches del silencio de Dios”, nos recuerda el padre Halík.

“La función de la fe no es aliviar nuestra sed de certezas y seguridades, sino, enseñarnos a vivir en el misterio. Fe y esperanza son expresiones de nuestra paciencia. Fe, esperanza y amor constituyen tres aspectos de nuestra paciencia con Dios. Son tres maneras de sobrellevar la lejanía y de acercarnos a Dios”⁴⁵.

⁴⁴ Tomás Halík, *Patience with God: The Story of Zacchaeus Continuing in Us*, Doubleday, New York 2009, Kindle, POS 72 de 3144.

⁴⁵ Tomás Halík, *Ob. cit.*, Kindle, POS 51-58 de 3114.

Meditando en las tribulaciones de nuestro tiempo, el padre Halík afirmaba que, con el fin de “comprender el lenguaje de Dios, necesitamos aplicar el arte del discernimiento espiritual, que a su vez requiere de un desprendimiento contemplativo de nuestras emociones intensas y de nuestros prejuicios, así como de las proyecciones de nuestros miedos y deseos”⁴⁶.

“En momentos de desastre, las imágenes de un Dios malvado y vengativo esparcen el miedo. Aquellas representaciones de Dios trituran la fe. Pero, la realidad es distinta. En este momento de calamidad no veo a Dios como un gobernante malhumorado, sentado cómodamente detrás del escenario de nuestras desdichas mientras se desenvuelven los acontecimientos de nuestro mundo”, aclara Halík⁴⁷.

“En cambio, veo a Dios como una fuente de fortaleza, actuando junto a aquellos que muestran solidaridad y amor abnegado (Sí, incluidos aquellos que no tienen ‘motivación religiosa’ para su acción). El amor de Dios siempre es humilde y discreto”⁴⁸.

San Pablo descubre al hombre atribulado en todo, pero nunca aplastado; perplejo, mas no desesperanzado; perseguido, mas no abandonado; derribado, mas no vencido⁴⁹.

La persona, aunque frágil, puede condescenderse con sus quebrantos y flaquezas, porque cuando se siente débil, entonces ella puede ser fuerte, al entender mejor su propia debilidad.

¿Acaso Jesús, conocedor de nuestros defectos, desatiende su amor hacia nosotros? Por eso necesitamos de la paciencia, un milagro verdadero y continuo en medio de las pruebas.

⁴⁶ Allí mismo.

⁴⁷ Tomás Halík, *Christianity in a time of sickness*, en América, April 03, 2020.

⁴⁸ Tomás Halík, *Christianity in a time of sickness*, en América, April 03, 2020.

⁴⁹ Ver 2 Cor 12,9-10.